

Cap. 8

EL COLOR DE MIS PALABRAS

*Palabras de plata
que llueven del cielo.
Las azules flotan
de un lado a otro.
Mézclalas con rojos
instrumentos de sangre.
Píntalas de blanco
enmárcalas en barro.
Este retrato mágico
que sujeto en las manos,
es un collage de palabras
colores y planes.
La historia de mi hermano
recordada y dicha.
El color de mis palabras
siempre predominará.*

DURANTE DÍAS NADIE CONSIGUIÓ BAJARME de mi árbol. No es que muchos lo intentaran: mami se había convertido en su sombra y se escondía en alguna parte de nuestra casa. Papi y Roberto estaban en la cárcel con otros hombres, siendo interrogados. Ángela había caído en cama, enferma.

Era Ángel el que venía hasta el árbol y me hablaba. Se quedaba allí durante horas y a veces traía la mecedora de papi y se sentaba junto a mi gri gri. Yo nunca decía una palabra, pero Ángel se quedaba de todos modos. Pienso que debe de haber sido mi hermano Guarío que dormía en su tumba al pie de mi gri gri el que le hacía compañía, porque desde luego no era yo.

Me sentaba en mi árbol sin mirar nada, ni el mar ni las montañas. Y nada sentía. Ni siquiera notaba el verdor de las hojas que me rozaban con fuerza cuando llegaba la tormenta. Me tapaba completamente agarrándome a la rama entre el viento huracanado, pero no sentía frío.

Sólo por las noches bajaba del árbol. Caminaba hasta la playa donde sólo estaba la pulida superficie negra del mar de medianoche cuando las estrellas habían caído del cielo y no había luna que iluminara la existencia de nada ni nadie aquí en mi isla.

A veces me metía en la cama y dormía cerca de Ángela. Por las mañanas volvía a mi gri gri y me subía a él. No iba a la escuela. No hablaba. No escribía una palabra. Sin embargo, había muchas palabras que giraban y giraban en mi cabeza y, aunque no podía ver qué palabras eran, veía su sombra y el color de mis palabras era rojo.

Y entonces, una mañana, cuando me subía al árbol, un ruido estridente, como el motor de una motocicleta, se oyó en el pueblo. Pero sonaba exactamente como los disparos que había oído el día de mi cumpleaños. Estaba a medio camino en mi ascenso y el ruido me dio tanto miedo que solté la rama y me caí.

Lo vi todo con absoluta claridad. El guardia gordo de pie con el arma en la mano, y el cuerpo caliente de Guarío al pie de mi árbol.

Agaché la cabeza y lloré. Lloré hasta que el rojo hubo desaparecido y todo lo que podía ver eran espacios negros.

«No más palabras», le susurré a la tierra. Cogí dos puñados de tierra y levanté la vista hacia el cielo, hacia Dios y hacia Guarío. «¡Prometo que no escribiré otra palabra!». Era el único castigo que podía imaginar digno de lo que había hecho. Me había sentado en mi

árbol y había visto morir a mi hermano; él intentaba protegerme y yo no había hecho nada para ayudarlo.

Si el que yo abandonara la escritura le importaba a Dios o a Guario, no lo sabía. Pero era todo lo que tenía, y ya había dejado de tenerlo, del mismo modo que había dejado de tener a Guario, del mismo modo que no tenía nada, nada en absoluto en mi isla verde oscura donde los ríos corren veloces sobre las duras rocas.

Ni siquiera tenía ya mi árbol gri gri. En el fondo de mi corazón sabía que nunca volvería a sentirme cómoda en ese árbol. Y cuando finalmente pude abrir los ojos y mirar a mi alrededor, mucho había cambiado. Los disparos y los disturbios habían terminado. El proyecto para construir el hotel se desestimó y el Gobierno nos devolvió nuestra tierra; eso es lo que les dijeron a los periodistas, pero no comprendieron que no era suya para quitarla o para dárla. Siempre había sido nuestra y nunca la cedimos —ni una pulgada— gracias a Guario.

Ángel iba a irse a Nueva York. Roberto había regresado de la cárcel con papá que había encontrado un empleo en la fábrica de queso de Sosúa. Ángela cocinaba y cuidaba de todo el mundo. Mami regresaba poco a poco a su cuerpo.

Intenté explicarles a mami y a papi que la muerte de

Guarío era culpa mía. Pero mami se cubrió la cara con las manos y lloró.

—Es culpa nuestra, cariño —dijo.

Papi se acercó, nos rodeó con los brazos y dijo en voz baja:

—Cállate, mi amor. No es culpa nuestra.

Pero su voz se rompió en dos, exactamente como se había roto mi corazón, y ni siquiera papi pudo convencerme de que no era verdad lo que yo sabía que era cierto.

Un día me levanté y me di cuenta de que tenía trece años. En realidad habían pasado seis meses desde la fecha oficial de mi cumpleaños, pero papi y mami habían decidido que iba a tener el cumpleaños que no celebramos. No me sentí muy feliz, pero el resto de nuestra familia y nuestros vecinos estaban ilusionados con la fiesta, así que fingí que era una buena idea.

Era un día cálido y la lluvia se precipitaba de las nubes en grandes aguaceros entre rayos de sol. Era la clase de calor que hace que la blusa se te pegue a la piel y que tus rizos cuelguen pesadamente por tu espalda como lianas.

Afuera, las hojas de plátano, anchas y verdes, se agitaban contra las ventanas. El señor García me saludó mien-

tras abría las puertas de su nuevo colmado en la esquina. El señor Rojas me gritó «¡feliz cumpleaños!» mientras se apresuraba a subirse a un motoconcho para ir a trabajar. La señora Pérez se acercó y me regaló un dibujo que había hecho para mí. Era Guario, con alas de ángel en la espalda, sentado al pie de mi árbol gri gri. Me mordí los labios para no llorar frente a ella; era muy hermoso y me pregunté cómo sabía la señora Pérez que eso era exactamente lo que yo veía cuando miraba mi árbol.

Papi se preparaba para su turno en la fábrica de queso. Desde la muerte de Guario, se habían acabado los días de beber ron en la galería. Mami me dijo que hasta lo peor siempre tiene una consecuencia buena. Yo era la que me sentaba en la galería después de la escuela en la vieja mecedora de papi.

Todos los días me sentaba allí, mientras nuestro ardiente sol oscurecía mis pies, que descansaban en la pared. Los dedos de mis pies señalaban directamente hacia mi árbol gri gri y hacia la hermosa cruz blanca que papi y Roberto habían colocado en la tumba de Guario.

Nuestro pueblo había cambiado mucho en seis meses. Era temporada de turismo y teníamos más visitantes que nunca. Cientos de ellos llegaban en grandes

aviones plateados. Paseaban por Sosúa en traje de baño, intentando decir algunas palabras en español con sus raros acentos.

Todas las semanas, cuando llegaban los aviones, se producía mucha excitación, como si todos esperáramos algo grande pero no supiéramos qué. Lo que nos llegaban eran más y más turistas, que estaba bien porque nuestros hoteles y restaurantes los necesitaban y con ellos nuestras playas cobraban un aspecto feliz y lleno de vida. Pero todavía esperábamos que algo especial saliera del cielo, o quizá era yo la que lo esperaba.

La mañana de mi cumpleaños, papi y mami me dieron el regalo más extraordinario que jamás recibiré en mi vida: una reluciente máquina de escribir azul y plata y, con ella, cientos de hojas de papel blanco. La miré durante tanto tiempo que papi preguntó:

—¿Qué pasa, cariño?

Meneé la cabeza y respondí:

—Nada, papi.

Y entonces la toqué. Pasé la mano sobre el fresco metal y oprimí las suaves teclas blancas. Era la cosa más bella que había visto en mi vida.

Había una tarjeta firmada por todos. Ángel en Nueva York, Ángela, Roberto, papi y mami, el señor y

la señora García, y al final de todo estaba el nombre de Guario en letras pequeñas que casi no podía leer.

—Nos dijo que necesitarías esto para tu futuro y que todos debíamos trabajar juntos para conseguírtela —dijo mami.

—¿Cuándo? —pregunté, levantando los ojos y clavando mi mirada en la suya.

Papi, aclarándose la garganta, puso su áspera mano sobre mi cabeza:

—Pocos días antes de que muriera, cariño. Nos dijo que tenías que ser escritora. Y se lo prometimos.

—Pero ya no escribo —susurré. Pero eso sólo era verdad en parte. Tenía un millón de historias en la cabeza que no se alejaban de mi mente.

Mami habló entonces secamente:

—Bueno, Ana Rosa, es tiempo de cambiar.

No les podía explicar a mami y a papi por qué ya no escribía más. Así que, en lugar de ello, bajé andando hasta la playa.

Es difícil sentirse triste en la playa. Las olas te hablan y el viento juguetea con tu nuca y la arena calentada por el sol se desliza entre tus pies, tirando de ti hacia abajo, haciendo que te cueste más andar, obligándote a pararte y a patearla, arrastrándote hasta la orilla

donde es oscura y fresca, y deja pequeñas estrellas de agua bajo tus dedos.

Y allí, en la orilla, las olas llegan hasta ti, te salpican con sus gotas de cristal y te hacen sonreír. Entonces, antes de que te des cuenta, te metes corriendo en el agua y saltas una gran ola que sube hasta el cielo, desde donde sabes que tu hermano te mira. Así que levantas la cabeza y le sonríes y le haces un gesto con la mano si nadie mira, y le dices "es mi cumpleaños", de modo que nadie, salvo los peces, pueda oírte. Te preguntas por un momento si Guario escucha, pero sabes que sí, porque es tu hermano y siempre lo será pase lo que pase.

Se levanta otra ola y te salpica tan fuerte que se te llena la boca de agua salada y la escupes y te ríes y tienes la ropa empapada y el cabello lleno de arena. Pero no pasa nada porque es tu cumpleaños.

Si alguna vez se te perdona algo será aquí, en la playa inundada por el sol, en el mar, bajo una ola, junto a todo lo que te hace feliz sin ni siquiera esforzarte. Las palabras fluyen como el océano, como el río, como la sangre de Guario en mi cumpleaños, el día de su muerte, el mismo día, el mismo momento, los dos unidos para siempre.

Las palabras, sólidas como diamantes, chapotean

dentro de mi cabeza y no pueden pararse ni con piedras, ni con armas, ni con deseos, ni con lágrimas, las palabras con las que contar la historia de Guario.

Levanté la vista hacia el remoto cielo azul desde donde Guario me mira.

—¡Lo siento! —grité tan alto como pude—. ¡Lo siento!

Las olas y el viento se llevan mis palabras. Se las llevan, espero, hasta el cielo mismo, hasta donde Guario pueda oírme. Quizá son las alas de plata de las olas las que me tocan como si fuera por primera vez, o quizá se debe a que había aguardado la respuesta durante tanto tiempo, pero repentinamente me encontré aquí de pie, rodeada por el cielo y el océano y me di cuenta de lo que tenía que hacer.

Tengo que escribir la historia de Guario para que todo el mundo sepa de mi hermano. La escribiré con mi máquina de escribir nueva, y hoy es el día que voy a empezar, es hoy o nunca. Lo sé. Así que salgo a la carrera de las olas, y sigo corriendo por la playa, y durante todo el camino de vuelta a casa las palabras cantan en mi cabeza.

